

PAUL CARELL

OPERACIÓN BARBARROJA

La Invasión de Rusia

propiedad del autor;
para mas info bredicion2@gmail.com



LIBRERIA EDITORIAL ARGOS, SA - BARCELONA

PRIMERA PARTE

MOSCÚ

CAPÍTULO PRIMERO

A PRESUNTA «SORPRESA» LE ATRIBUYEN EL RÁPIDO AVANCE ALEMÁN

Hacía ya dos días que aguardaban con tanques y vehículos en el sombrío bosque de abetos, donde penetraron con los faros apagados la noche del 20 de junio. Durante el día se jugaba al ratón y al gato. ¡Silencio absoluto! Únicamente cuando se movía un portillo cobraban vida los jefes de pelotón. Con las primeras sombras de la noche se deslizaban en fila hacia un claro del bosque para lavarse en el arroyo.

Cuando el brigada Sarge, acompañado de los hombres de la segunda sección, pasó ante la tienda de la compañía en dirección al arroyo, estaba allí el jefe de sección, teniente Weidner.

—Hace un fresco estupendo para ser verano, brigada —dijo el oficial en tono burlón.

El brigada, con gesto agrio, se detuvo.

—No creo en vacaciones, mi teniente —observó. Luego, bajando la voz, preguntó: ¿De qué se trata, mi teniente? ¿Marchamos contra Iván? ¿O es cierto que estamos aguardando a que Stalin nos dé permiso para atravesar Rusia y estropearles por la puerta falsa su precioso Imperio a los *tommies*?

A Weidner no le sorprendió la pregunta. Como Sarge, había oído los rumores que circulaban desde que su destacamento blindado, formando parte del 39 Regimiento acorazado, se unió a la XVII División acorazada y partió para el sur de

Polonia y, de allí, hacia los bosques de Pratulin, donde había quedado destacado. Se hallaban a cuatro kilómetros del Bug, río fronterizo, casi frente a la poderosa y antigua fortaleza de Brest-Litovsk, ocupada por los rusos desde la partición de Polonia en otoño de 1939.

El regimiento permanecía vivaqueando en el bosque. Cada tanque llevaba como reserva, bien acondicionada en la torreta, diez envases de gasolina y otros tres bidones en el remolque. Se trataba evidentemente de los preparativos para una marcha larga, no para una lucha rápida.

—Cuando se va al combate, no se llevan bidones de bencina en el tanque —decían los tanquistas experimentados.

Un buen argumento contra los que vacilaban y que, cuando se hablaba de una guerra contra Rusia, decían convencidos:

—¿Rusia? ¡Esto son cuentos! Ya tenemos bastante guerra. ¿Para qué meternos en otra? Iván no nos ha hecho nada, es nuestro aliado, nos entrega trigo y está contra los ingleses.

Así hablaba la mayoría. Y para ellos, el razonamiento era lógico: si no entablábamos combate o nos dirigíamos hacia Persia, entonces no se trataba más que de una gran operación de diversión.

Pero ¿para engañar a quién? Pues a los ingleses, a modo de un *bluff*. La invasión de Gran Bretaña en el otro extremo de Europa podía encubrirse con esta marcha hacia el Este. Eran muchos los que susurraban este argumento casi en todas partes, mientras el interesado guiñaba el ojo. Lo mismo los que estaban convencidos de la veracidad de esta hipótesis como los que estaban contra ella, desconocían el contenido de la orden que el 18 de febrero se incluyó en el Diario de las futuras operaciones de la guerra naval: «Los movimientos relativos a la marcha contra Rusia han de constituir la más grande operación diversiva de la historia militar, sirviendo para desvirtuar los últimos preparativos de invasión contra Inglaterra».

Un rumor especial, un rumor que quitaba el aliento, fue combatido por los antiguos cabos, como también por los soldados que, al parecer, oían crecer la hierba, conocían todos los secretos de las oficinas militares y de este modo eran, como solía decirse, no solamente el alma, sino los ojos y los oídos de la compañía. Según ellos, Stalin (decían a la hora de jugar a las cartas o mientras limpiaban los cacharros de cocina) había pactado con Hitler la entrega de Ucrania. De ahí que se marchase hacia allá en calidad de tropas de guarnición. En la guerra se da crédito a todo. Y al brigada Sarge le complacía creer en la paz. Creía en el pacto que en agosto de 1939 había acordado Hitler con Stalin. Como el resto del pueblo alemán, creía que ese pacto contaba entre los hechos diplomáticos más grandes de Hitler.

El teniente Weidner se acercó más a Sarge:

— ¿Cree usted en la cigüeña, brigada? –le preguntó, guiñando un ojo. Sarge puso cara de tonto. El teniente consultó el reloj—. Tenga usted una hora más de paciencia –terminó diciendo con gravedad, mientras entraba en la tienda.

Exactamente a la misma hora en que el brigada Sarge y su teniente conversaban en el bosque de Pratulin, tenía efecto una conversación en la Wilhemstrasse, precisamente en el antiguo palacio del presidente del Reich. Pero allí se hablaba sin rodeos. Ribbentrop levantó el velo que cubría el gran secreto. Informó a sus colaboradores más íntimos: en la madrugada del día siguiente la Wehrmacht atacaría a Rusia.

¡Ah, vamos! Ya habían tenido idea de ello, pero ahora lo sabían con certeza. Confiaron en que no dejaría de ser un plan; pero la suerte estaba ya echada. La política y la diplomacia, asunto de su competencia, habían terminado; ahora hablarían las armas. Todos, embajadores, enviados y jefes ministeriales, tuvieron el mismo pensamiento: ante tal estado de cosas, el ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop, ¿puede o debe seguir en su puesto? ¿No exigen las reglas su dimisión?

Veintiún meses atrás había regresado de Moscú llevando en el bolsillo el tratado de amistad germano-soviético y, con tal motivo, declaró:

— El tratado con Stalin nos guarda las espaldas e impedirá que estalle una guerra de dos frentes, que ya una vez costó a Alemania su ruina. Considero este pacto como la coronación de mi política exterior.

¿Y ahora la guerra? ¿Con la corona en el polvo, manchada de sangre?

Ribbentrop advirtió que se había hecho el silencio. Se dirigió hacia el balcón que daba al parque por el que una vez paseó el canciller del Reich, el príncipe Bismarck, el hombre que también había considerado la alianza germano-rusa como lo mejor de su política exterior. ¿Pensaba Ribbentrop en ello? Se volvió hacia los reunidos y dijo con voz firme y fuerte, marcando bien las sílabas:

— **El Führer tiene noticias de que Stalin marcha contra nosotros para atacarnos en un punto favorable.** Y hasta ahora –añadió– el Führer ha procedido invariablemente con rectitud. Me ha asegurado que dentro de ocho semanas la Wehrmacht habrá vencido a la Unión Soviética y que entonces la seguridad a nuestras espaldas no dependerá de la buena o la mala voluntad de Stalin.

Ocho semanas.

¿Y si durase más? No, no puede durar más. Hasta ahora el Führer ha estado siempre en lo cierto. Durante ocho semanas se puede combatir aunque sea en dos frentes.

Así están las cosas, brigada Sarge. No tardará usted en enterarse.

Bajo los copudos abetos de Pratulin tocaba a su fin el caluroso día. Se olía a resina y apestaba el olor a gasolina. A las 21'10 el tanque 924 captó la orden, dada

en voz baja, procedente de la tienda de Mando de la compañía, de presentarse a las 22 en formación. 4.^a Compañía del Regimiento blindado de instrucción, en la vereda grande. El radiotelegrafista Westphal transmitió la orden al 925 y de éste pasó de un tanque a otro.

Cuando la compañía se presentó, la oscuridad era intensa. El primer teniente von Abendroth dio el parte al capitán. Éste examinó la formación. En la oscuridad de la noche no se distinguían bajo sus cascos los rostros de los soldados. No formaban más que un muro gris negruzco, una compañía de tanquistas, sin rostros.

—Cuarta compañía –dijo en voz alta el capitán Streit–, voy a leerlos una orden del Führer.

Se hizo un silencio profundo en el bosque cercano a Brest-Litovsk. El capitán apretó el botón de su lámpara de bolsillo que había colgado del segundo botón de su guerrera. El papel se veía muy blanco en su mano. Con la voz un poco ronca por la emoción, empezó a leer:

—Soldados del frente oriental...

¿Frente oriental? ¿Había dicho frente oriental? Se oían esas palabras por primera vez. ¡Vaya!

Dijo luego:

—Bajo el peso de grandes preocupaciones, condenado a largos meses de silencio, ha llegado, por fin, la hora que me permite, mis soldados, hablarlos francamente... –Todos escuchan con oído atento lo que durante meses ha tenido preocupado al Führer–. **Hay exactamente 160 divisiones en las proximidades de nuestras fronteras.** Desde hace semanas se cometen violaciones del territorio fronterizo, y no solamente del nuestro, sino del sector Norte, en Rumania.

Se enteran de que unas patrullas rusas habían hecho tanteos en territorio alemán y que no se les pudo obligar a retirarse hasta después de intenso fuego por nuestra parte. Sigue el hecho:

—En este momento, soldados del Frente oriental, se está efectuando una marcha que, en extensión y volumen, es la más importante que jamás ha visto el mundo. En estrecha alianza con las Divisiones finlandesas, nuestros camaradas se hallan en el mar del Norte con el vencedor de Narvik...

»En el Frente oriental os tenemos a vosotros. En Rumania, a orillas del Pruth y el Danubio, hasta las costas del mar Negro, hay soldados alemanes y rumanos a las órdenes del jefe de Estado Antonescu. Cuando este Frente, el más grande de la Historia, se ponga en movimiento, no es de suponer que se persiga como finalidad la terminación definitiva de una guerra o la protección de las tierras afectadas en estos momentos, sino salvar a toda la civilización y cultura europeas.

»¡Soldados alemanes! Vais a empeñar una lucha dura y llena de responsabilidad. La suerte de Europa, el futuro del Reich alemán y la existencia de nuestro pueblo están en vuestras manos.

El capitán se calló. La lámpara de bolsillo seguía iluminando el papel que conservaba en la mano. Luego dijo casi en voz baja, como si fuesen palabras propias, no la conclusión de la orden del día:

—¡Que Dios nos asista a todos en esta lucha!

Después de la voz «¡Rompan filas!», se oyó un murmullo semejante al de un enjambre de abejas. Se desataron las lenguas. Así pues, contra Rusia. Y al día siguiente a primera hora. ¡Muchachos! Todos se dirigieron corriendo hacia sus tanques respectivos.

Fritz Ebert, el contraamaestre de la Plana Mayor, anunció:

—¡Háganse cargo de las provisiones!

Cerró la gran caja que contenía las cosas buenas: aguardiente, cigarrillos, chocolate. Treinta cigarrillos por cabeza, y una botella gratis para cada cuatro hombres. El aguardiente y el tabaco son, de antiguo, cosas necesarias para el soldado.

Luego vino la actividad: se desmontaron las tiendas y se prepararon los tanques para la marcha. Después, a esperar. Todos se pusieron a fumar. El aguardiente lo probaron los menos: el fantasma del balazo en el vientre seguía horrorizando a todos a pesar de las sulfamidas. Sólo algunos de los jóvenes más duros conseguían dormir.

La noche se regía por los relojes. Seguían desgranándose las horas hacia la eternidad. Sucedió lo mismo a lo largo de toda la frontera entre Alemania y la Unión Soviética. En todas partes la gente estaba vigilante. A todo lo ancho del continente. Desde el mar Báltico hasta el mar Negro. 1.600 kilómetros. Y en esos 1.600 kilómetros aguardaban tres millones de soldados. Ocultos en los bosques, en los prados, en los campos de maíz. Disimulados por la oscuridad. ¡Esperar!

El Frente alemán de ataque estaba dividido en tres secciones: Norte, Centro y Sur.

Los grupos de ejércitos Norte, al mando del mariscal de campo Ritter von Leeb, debía coincidir sobre el Niemen con dos ejércitos y un grupo blindado procedentes de la Prusia oriental. Objetivo: aniquilamiento de las fuerzas de choque soviéticas del Báltico y conquista de Leningrado. La punta de lanza de la fuerza de choque de von Leeb la constituía el IV Grupo acorazado, al mando del capitán general Hoepner. Los generales von Manstein y Reinhardt estaban a la cabeza de sus dos Cuerpos de ejército rápidos. La I Flota aérea dividida la mandaba el capitán general Keller.

El mariscal de campo von Bock mandaba el Grupo de ejércitos del Centro. Su radio de acción comprendía los eriales rumanos hasta el sur de Brest-Litovsk. Una extensión de 400 kilómetros. Era el más potente de los tres grupos de ejércitos

y estaba constituido por dos ejércitos, como también el II Grupo acorazado al mando del capitán general Guderian y el III Grupo acorazado, mandado por el capitán general Hoth. La II Flota aérea del mariscal de campo Kesselring, con apoyo de numerosos «Stukas», prestaba aún mayor potencia a la poderosa fuerza de choque blindada.

El objetivo del grupo de ejércitos del Centro había de ser el aniquilamiento de las fuertes fuerzas soviéticas que se encontraban en el triángulo Brest-Vilna-Smolensko en unión de numerosas brigadas blindadas y motorizadas. Si Smolensko caía como resultado de un audaz avance de las tropas rápidas blindadas, entonces habría que decidir si las fuerzas se dirigían hacia el Norte o hacia Moscú.

En el sector del Sur, entre los pantanos de Pripjet y los Cárpatos, el Grupo de ejércitos del Sur, a las órdenes del mariscal de campo von Rundstedt, con tres ejércitos y un grupo de tanques, debía empujar hacia el río Dniéper a las fuerzas rusas del capitán general Kirponos de Galitzia y del oeste de Ucrania, para aniquilarlas, asegurar el paso del Dniéper y, finalmente, tomar Kiev. El dominio aéreo quedaba asegurado por la IV Flota aérea. Los aliados rumanos y el XI Ejército alemán, que pertenecían al sector mandado por Rundstedt, se hallaban de momento arma al hombro como reserva de seguridad. Los aliados finlandeses aguardarían en el Norte, listos para el ataque, hasta el 11 de julio, día del avance alemán sobre Leningrado.

El punto crucial de la agrupación de las fuerzas de ataque alemanas radicaba en el Grupo de ejércitos del Centro. A pesar de los terrenos desfavorables, con sus cursos de agua y tierras pantanosas, ese grupo estaba provisto de dos unidades blindadas destinadas a decidir rápidamente la campaña en el sector.

Al parecer, esa distribución de fuerzas se le ocultó al ejército soviético. El punto de defensa crítico soviético radicaba en el Sur, frente al grupo de ejércitos de Rundstedt. Allí había concentrado Stalin 64 Divisiones y 14 Brigadas acorazadas, mientras que en el frente central no había más que 45 Divisiones y 15 Brigadas acorazadas; en cuanto al frente Norte contaba con 30 Divisiones y 8 Brigadas acorazadas.

Evidentemente, el Mando supremo soviético esperaba que el ataque principal alemán tuviese efecto en el Sur, contra las regiones vitales agrarias e industriales de Rusia. De ahí que ese sector se hubiese preparado para una defensa elástica con la masa de sus unidades blindadas. Ahora bien, como los tanques en primera línea constituyen un arma ofensiva, esa potente masa de fuerzas blindadas en el ala sur preparaba también la posibilidad de una ofensiva soviética contra Rumania, punto vital de abastecimiento de gasolina de Alemania.

Por consiguiente, el plan de ataque ideado por Hitler, no dejaba de ser osado. Era la misma receta que había adoptado con éxito en la campaña occidental cuando, en forma totalmente inesperada por los franceses, se lanzó como un rayo

en el sector desfavorable de las Ardenas, rompiendo allí, en su punto débil, la línea Maginot y consiguiendo de este modo decidir rápidamente la campaña a su favor. Hitler quería hacer lo propio contra la Unión Soviética: atacar con toda la fuerza en un punto inesperado, hundir el frente machacando al enemigo en forma aniquiladora y marchar luego hacia sus centros vitales –Moscú, Leningrado, Rostov– para apoderarse de ellos en la primera embestida. La segunda ola llegaría entonces hasta el remoto límite: la línea Astracán-Arcángel.

Esta era, sobre el papel, la «Operación Barbarroja».

Las tres. Reinaba todavía la mayor oscuridad. La noche de verano seguía disimulando las orillas del Bug. Silencio. De vez en cuando parecía escaparse un destello de luz de una careta antigás. Más arriba, en el río, croaban las ranas. Quien en aquel tiempo, en la noche del 22 de junio, formando parte de un pelotón de asalto o de un grupo de ataque, descansó en los prados cercanos al Bug, no olvidará jamás el croar de las ranas en celo.

A 15 kilómetros del Bug, pegada a la aldea Volka Dobrinska, se levantaba en la cota 158 una de las torres de observación, construidas de madera, como las que habían surgido durante los últimos meses a ambos lados de la frontera. Al pie de esa cota 158, en un bosquecillo, se encontraba el puesto de Mando avanzado del II Grupo acorazado, la punta de lanza del ejército blindado de Guderian. Al grupo le llaman «la G blanca», pues esta era la señal táctica que llevaban pintada todos los tanques del grupo: la «G» significaba Guderian. Así, bastaba una mirada para poder decir: «Es uno de los nuestros». Este procedimiento lo había descubierto Guderian en la campaña de Francia. La idea cuajó hasta el punto de que también Kleist la adoptó y mandó pintar en los tanques de su grupo una «K» blanca.

EL FÜHRER Y COMANDANTE SUPREMO
DE LA WEHRMACHT

C. G. 18. 12. 40

MANDO SUPREMO DE LA WEHRMACHT/WFST/ABT L (I) No. 33 408/40
G. K. CHEFS.

ORDEN NÚM. 21
OPERACIÓN BARBARROJA.

Los ejércitos alemanes han de estar preparados para vencer a la Rusia Soviética en una campaña rápida (Operación Barbarroja), incluso antes de la terminación de la guerra contra Inglaterra.

Los preparativos del Mando Supremo han de llevarse a efecto sobre la base siguiente:

I) PROPÓSITO GENERAL:

La masa del ejército ruso estacionado en la parte occidental de Rusia ha de ser aplastado bajo las cuñas de los tanques, mediante operaciones audaces, procediendo a la vez a evitar la retirada a otros sectores rusos de las fuerzas aún capaces de batirse.

Deberá después, por medio de la prosecución rápida de las operaciones, alcanzarse una línea desde la cual la aviación rusa no pueda ya atacar el territorio alemán. El objetivo de la operación es deslindar a la Rusia asiática de la línea general Volga-Arcángel. Así, en caso necesario, el resto del sector industrial de Rusia podría ser aislado por medio de la Luftwaffe.

II) ALIADOS PROBABLES Y COMETIDOS DE LOS MISMOS:

.

III) DIRECCIÓN DE LAS OPERACIONES:

A) EJÉRCITO (DE ACUERDO CON LOS PROPÓSITOS SOMETIDOS A MI CONSIDERACIÓN)

A través de los pantanos de Pripet que en dirección sur por un lado y norte por otro dividen el ámbito de las operaciones, hay que fijar, con orientación norte, el punto crucial. Deben preverse allí 2 grupos de ejércitos.

El primero de estos dos grupos de ejércitos situados al sur –centro del conjunto del frente– tendrá la misión (valiéndose de fuertes unidades de tanques y vehículos motorizados) de aniquilar a las fuerzas de la Rusia blanca con un movimiento envolvente y hacia el norte de Varsovia. Para ello ha de darse por supuesta la penetración hacia el norte de una parte poderosa de las tropas rápidas, con el fin de aniquilar las fuerzas enemigas que luchan en el Báltico, desde la Prusia oriental, operando en la dirección general de Leningrado. Únicamente después de llevarse a feliz término esta importante misión, a la que habrá de seguir la ocupación de Leningrado y Kronstadt, podrán proseguirse las operaciones de ataque para adueñarse del importante nudo de comunicaciones y centro de armamentos de Moscú.

Lo único que podría justificar la consecución simultánea de ambos objetivos sería un descalabro sorprendentemente rápido de la resistencia rusa.

Para el grupo de ejércitos destacado al sur de los pantanos del Pripet hay que situar el punto crucial en el sector de Lublin en la dirección general de Kiev, grupo que, con fuerzas acorazadas poderosas, penetrará profundamente en el flanco y retaguardia de las fuerzas rusas, a las que después arrojará a las aguas del Dniéper.

*Libradas las batallas del sur, o sea, al norte de los pantanos del Pripet, se tratará, a efectos de la persecución del enemigo, de:
en el sur, la ocupación oportuna de la cuenca del Don, económicamente muy importante;
en el norte, la llegada rápida a Moscú.
La toma de esta ciudad significa un éxito decisivo en los terrenos político y económico, y, además, la posesión de un importante nudo ferroviario de comunicaciones.*

ADOLFO HITLER

Durante la noche, entre las 20 y las 21, los jefes se reunieron secretamente. Permanecían sentados en sus tiendas o en sus vehículos de trabajo, examinando planos y órdenes escritas. No se celebró ninguna conversación radiada: se había ordenado que se mantuvieran inactivas las radios para no alarmar a las estaciones rusas que estaban a la escucha. Podía usarse el teléfono únicamente en casos de absoluta necesidad. El propio puesto de Mando de Guderian –dos vehículos de telecomunicación y otros– estaba bien disimulado detrás de las tiendas de los vehículos de trabajo. Ahora se acercaba el tanque del Alto mando. Guderian se apeó de él.

—¡Buenos días, señores!

Eran exactamente las 3 y 10 minutos. Dos palabras. Luego subió Guderian a la torre de observación. Los relojes de pulsera seguían con su tictac. Las manecillas se deslizaban lentamente por encima de las cifras luminosas.

Las 3 y 11 minutos. En la tienda del Estado Mayor sonó el teléfono. El primer oficial de Estado Mayor, el teniente coronel Bayerlein, tomó el auricular. El teniente coronel del XXIV Cuerpo acorazado, antiguamente el XIV Cuerpo de ejército motorizado, habló. Sin mediar ningún saludo, sin atenerse a formalidad alguna, dijo:

—Bayerlein, el puente de Koden es nuestro.

Bayerlein miró al jefe del Estado Mayor, barón von Liebenstein, e inclinó la cabeza afirmativamente. Luego dijo:

—Bien, Brücker. ¡Bien, mucha, suerte y adelante! –y dicho esto, colgó.

El puente de Koden. Ese era el punto del cual dependía el avance veloz de los tanques que habían de cruzar el río Bug y dirigirse sobre Brest. Pocos minutos antes de que se iniciase el ataque un pelotón de choque de la III División blindada había recibido la orden de apoderarse del puente mediante un golpe de mano, anulando acto seguido a la guardia rusa de la otra orilla y apartando las cargas de dinamita. Por tanto, la acción había dado resultado.

En el Estado Mayor de Guderian, la gente respiró. Desde luego se había contado con que la cosa podía fallar, tanto es así que el IV Ejército había hecho preparativos al norte y al sur de Brest para proceder a forzar determinados puentes sobre el Bug. Así, el 178 Batallón de zapadores se había situado a 80 kilómetros al norte de Brest, cerca de Drohizyn, invirtiendo largas horas de laboriosos esfuerzos para tender un puente de pontones que permitiera el paso de las Divisiones de infantería 292 y 78 con su armamento pesado y equipos.

Las 3 y 12 minutos. Todos tenían la mirada puesta en el reloj. Todos sentían algo en la garganta y la impresión de que los latidos del corazón les llegaban hasta el cuello de la camisa. El silencio se hacía insoportable.

Las 3 y 13. Todo tendría aún arreglo. Nada era aún irrevocable. Pero, a medida que avanzaba la manecilla del reloj se acercaba la guerra contra la Unión Soviética, que permanecía quieta en la oscuridad apacible. El estallido se hallaba cada vez más próximo. Pronto sería todo irrevocable.

Bayerlein pensó en el mes de septiembre de 1939. También entonces se hallaba él allí, con Guderian. Hacía exactamente un año y nueve meses. Entonces (ocurría eso el 22 de septiembre de 1939), llegaron los rusos con la brigada blindada del general Krivoschein, como aliados. Se trazó la línea de demarcación a través de la presa común: el polaco vencido. El río Bug se convirtió en frontera. Los alemanes, de acuerdo con el pacto que Stalin y Hitler habían concluido, hubieron de retirarse tras el río, y dejar Brest a los Soviets como plaza fuerte.

Todo se había hecho de acuerdo con el convenio, se organizó un desfile militar común e incluso hubo cambio de banderas. Finalmente se intercambiaron brindis, pues sin vodka y sin brindis no se sella, según los rusos, ningún acuerdo.

También en aquella ocasión, recordando sus estudios de alemán de la época escolar, el general Krivoschein pronunció un brindis en alemán, en el que cometió un error de bulto.

Dijo:

—Bebo por la eterna enemistad —pero se corrigió en el acto, sonriendo—: eterna amistad de nuestros pueblos.

Todos levantaron alegremente la copa. Esto ocurrió veintiún meses atrás. Ahora se estaban agotando los últimos minutos de esa «amistad». Se pasaba el lápiz rojo por encima de la corrección del general ruso. La «enemistad» alboreaba a medida que avanzaba la madrugada del 22 de junio.

Las 3 y 14. La torre de madera de Volka Dobrynska asumió perfiles espectrales en la noche. El día alboreaba lentamente en el horizonte. En el sector del frente del Grupo de ejércitos del Centro seguía reinando un silencio de muerte. Dormían los bosques. Los campos estaban sumidos en el silencio. ¿Es que los de allá arriba no se daban cuenta de que en bosques y aldeas se hallaban reunidos ejércitos enteros?

¿Ejércitos dispuestos para la lucha? Divisiones y más divisiones, a lo largo de la interminable frontera.

Sincronizados todos los relojes, sus manecillas señalaron, de pronto, las 3 y 15 minutos.

En el mismo instante, como si se hubiese establecido un contacto eléctrico, fulguró en la noche un rayo gigantesco. Se destaparon las bocas de fuego de las armas de todos los calibres. Cruzaron el horizonte los cohetes luminosos de la artillería antiaérea. Los disparos iluminaban el frente del río Bug hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Como un rodillo, pasó el trueno arrollador por encima de la torre de Volka Dobrynska. El ulular de las baterías de los lanzadores de cohetes se mezcló con el horrendo tronar de los cañones. Al otro lado del Bug surgió un mar de humo y fuego. La estrecha luna creciente de la noche que estaba declinando se ocultó tras un velo de nubes.

La paz había muerto. La guerra exhaló su primer aliento horrible, funesto.

Exactamente ante la ciudadela de Brest se hallaba la XLV División de infantería –antiguamente la IV División austriaca– al mando del general de División Schlieper. Los dos regimientos de infantería 130 y 135 habían de iniciar el ataque contra los puentes y la ciudadela. Aprovechando la oscuridad, las unidades de la primera ola se habían deslizado cautamente hasta cerca del río Bug. El puente del ferrocarril se levantaba sombrío y fantasmal sobre el río. Del lado ruso llegaba, armando mucho ruido y con las luces encendidas, un tren de mercancías. Era el último tren cargado de trigo que Stalin mandaba a Hitler, su aliado.

¿Se trataría, acaso, de un truco refinado, o, simplemente, de una falta incomprensible de prevención? Esto es lo que se preguntaban los oficiales de los batallones de choque y compañías de asalto que se hallaban ocultos entre la hierba, en los terraplenes de la estación y en la isla occidental. Ignoraban cuántos trenes habían cruzado aquel puente durante las últimas semanas; tampoco tenía la menor idea de cuán exactamente cumplía Stalin el convenio comercial germano-soviético. Del 10 de febrero de 1940 hasta ese momento, 22 de junio de 1941, Stalin había entregado a Hitler un millón y medio de toneladas de trigo. Con ello, la Unión Soviética se había convertido en el más importante proveedor de granos de Alemania. Pero por los puentes del Bug no habían pasado solamente huevas de pescado y partidas de avena y trigo, sino también un millón de toneladas de aceite mineral, 2.700 kilogramos de platino, manganeso, plomo, cromo y lana, todo ello entregado por Stalin al Tercer Reich en dieciséis meses, exactamente de acuerdo con lo convenido.

Contrastando con el cumplimiento fiel por parte de los Soviets, Alemania, ya desde el principio, mostró ser un proveedor sincero. De todos modos, se